



DEPARTAMENTO DE CULTURA DEL AYUNTAMIENTO
DE TEGUISE (LANZAROTE)

SERVICIO DE PUBLICACIONES

ANGEL FERNANDEZ BENITEZ. *A LA ORILLA DEL JUBILIO*

ÁNGEL FERNÁNDEZ BENÉITEZ

A la orilla del júbilo

PREMIO
ESPERANZA SPÍNOLA
POESÍA

ÁNGEL FERNÁNDEZ BENÉITEZ

A LA ORILLA
DEL JÚBILO

Los poemas de la presente obra, *Sonetos Errantes*, obtuvieron el primer premio de Poesía Esperanza Spínola (septiembre de 1988) convocado por el Excmo. Ayuntamiento de la Villa de Teguise (Lanzarote).

A María Luisa: todo.

Dep. Legal, G.C. 843-1989
Litografía Lezcano
C/ Angel Guimerá, 53
Las Palmas de Gran Canaria

Dibujos: *Manuel Perdomo*

A María Luisa: todo.

Dep. Legal, G.C. 843-1989
Litografía Lezcano
C/ Angel Guimerá, 53
Las Palmas de Gran Canaria

Dibujos: *Manuel Perdomo*



SONETOS ERRANTES

*¡Qué pena dan los amantes!
¡Cuántas noches han pasado angustiados
por el amor, el deseo y las tribulaciones!*

LAS MIL Y UNA NOCHES

CRUZABAS la avenida de palmeras
hacia los fondos negros del destino.
Las sombras arañaban tu camino
por el cemento gris de las aceras.

En el muelle gemían como fieras
los bandazos del viento libertino.
A cincel trabajaban sobre fino
algodón diecisiete primaveras.

Ignorabas que el viento prisioneras
las mataría en arrebol fugado
tarde tras tarde ardiendo tan ligeras

en nubes de jirón arrebatado.
¿Dónde fueron las lunas pioneras?
... Solísimo de luna y plateado.

ESTÁS en estos ojos celebrado
con un fulgor de fuego transparente;
abrasada la lágrima presiente
un día sin aurora terminado.

Contenida violencia de callado
deseo me asfixia doblemente:
besar tu sombra, al menos, inocente
negándome en el beso estrangulado.

Entre hielo de luz emocionada
yacerá el noble abrazo que desmiente
la impalpable presencia deseada.

Terrible es el momento, evanescente,
porque la luz no nos alumbría nada
y nos hallamos solos de repente.

PUDE nadar en tu mirada preso,
ahogado por la sed y la cerveza;
los bafles sobornaron la cabeza
y el dibujo traidor quedaba impreso.

Aquel encuentro tibio a que regreso
me obliga a incinerar toda certeza.
Fuera de mí, tú ausente... cuando empieza
a ser el sueño abúlico y espeso.

Pongo a salvo el momento. Luego ceso
de corregir la incertidumbre. Miro
a mi alrededor absurdamente.

Si fue o no fue verdad mido y sopeso.
Mas me alcanza feroz en lo corriente
la aguda desazón de otro suspiro.

EL aire me construye tu silueta
a contraluz en línea anaranjada
las montañas rayando. La Vegueta
de fondo en polvo gris tornasolada.

La noche llora, el aulagar aquiega
la tierra de pasar desesperada.
Tu memoria secando mi marea;
mi recuerdo licuando tu mirada.

Se borrará las huellas en la arena
que no marcaron cuerpos; sí la vana
ansiedad de un capricho en la verbena.

Fresco dará a la pálida mañana
callado el mar, la luna casi llena
diluyéndose en morbidez pagana.

TE busco allá donde la luz palpita
ansiosa de cebarse en tu hermosura;
allá donde la música se agita
del neón en los rayos insegura.

Te quiero allá donde el deseo incita
la voz del corazón a la ternura;
allá donde a mis ojos se permita
lamer la potestad de tu figura.

Busco el local donde fraguar el hierro
imposible de amor y la aventura
que rompa toda paz y todo encierro.

Quiero arrojar mi cuerpo con premura
a la caza de amor —furtivo perro—
hasta desembocar en la locura.

SOÑÉ llagarme sobre tu cintura
este dolor que quema y me devora;
mortal ansia de beso que me escora
al deslumbrar mi vista tu blancura.

Soñé en la sien cruzar bala segura
que salvara el deseo en feliz hora
de la agresión feroz, mortal, traidora
que me clavó en los ojos tu figura.

Hubiera deseado devorarte
y abrasar de una vez todo mi fuego:
arder del todo, lento, al desnudarte

y quedar para siempre mudo, ciego.
Pero amor que interpone su baluarte
tu cuerpo me prohíbe y yo no niego.

ANEGADO en los rizos de la espuma
el agua abrazo tímido, propenso
a navegar ligero como pluma
caída a un mar rabiosamente denso.

Cobijado en los brazos de la bruma,
me diluyo hacia el fondo y al descenso
los guiños del azul buscan la suma
de este cuerpo allegado con lo inmenso.

En esto abrí los ojos: la presencia
que el sueño me colmaba de ternura,
disipó de repente la conciencia.

Me golpeó en el rostro con su dura
mano la realísima violencia
que me dejaba en soledad segura.

CUANDO en la noche arribó la nave,
yo a tu lado callaba. Te veía
a través del cristal de viento, grave,
que cortaba inmortal la lejanía.

Junto al embarcadero, mientras suave
a mis ojos tu cuerpo se vendía,
fue girando en el cielo blanca llave
hasta volcar la claridad del día.

Nada dirá que fue premeditado
anegar en la piel la piel que ardía,
sobornar el silencio sofocado

de la estrella cruel que nos hería,
si a tu noche acudí deshilvanado,
mientras la luna pálida cedía.

TIEMPO de otoño a mi solar venido
—por las hojas del árbol corre fuego—
me acompaña clavado sobre el ciego
vagar del aire leve, oscurecido.

Sordo al silencio, gélido al olvido,
he buscado la tierra —no lo niego—
de primavera fértil. Hoy trasiego
hacia un final cansado y aburrido.

Pero te vi un momento la otra noche
y sobre mi corazón quedaba impreso,
con la mueca mordaz de tu reproche

el inaudito fuego del poseso.
Viejo, cansado, necio, mal fantoche,
del amor me alimento. Vivo de eso.

AL trote de penumbras soy el beso
y un corazón me arroja el desencanto;
en pífanos cantores vierto llanto
y tu silencio esquiva lo que expreso.

Contra la noche ardiente expiro, ceso.
En auras de amargura me levanto.
Vivo constantemente en el espanto
de saber imposible tu regreso.

Por su senda el amor me lleva preso
con la flor de locura arrebolada,
entre fuego de sombras ya poseso.

Esperaré la luz de otra alborada
inútilmente solo, triste, lesó,
rajado por el hierro de la nada.



A LA ORILLA DEL JÚBILO

TE deja el aire malva
por el campo asombrado
ilesos aquel recuerdo.
Lejísimos la tarde,
lejísimos el río
por la banda de añiles se perfila.
Y pierdes la mirada donde acaso
se conserve el encuentro
sobre la arena blanca de aquel día,
sobre la arena blanca en que te fuera
tan alegre indagar
bajo el dulce sopor
del sol contra el deseo.
No reconoce el tiempo aquellos pasos
ni clarines dirán de aquel momento.
La tarde te ha dejado
un juego de cadenas
a rumbos enfrentados sometidas.

DESEAS despertar húmedo de sal,
atrapado en el pecho de arena.
Con el viento, enardecido
ante el juego serpeante de las olas.
La inocencia y la espuma te contienen.
Se te desboca el alma junto a las rocas negras.
Y luego te confundes
y se pierde la imagen y deseas
despertar otra vez atrapado
en el pecho de arena, enardecido
como la amada dócil que se deja
envolver por los brazos del amante.

COMO anillo me abrazo a tu cintura
y el alma de tu vientre me acaricia.
El viento por tu piel pasa sin rumbo
zigzagueando suave y se desliza
por mares de trigal en primavera.
De la alameda, sobre azul, la cima
conforma espacios a sueños imprecisos.
Un vago tintineo hacia la orilla
la sombra y el secreto nos confunde
y entre los juncos que se besan brilla
mientras el río sus reflejos cambia.
El zénit ondulante se confirma
y océanos de cuerpo enamorado
al borde de la tarde se eternizan.

HAY un sendero azul bajo tu vientre
donde el verano guarda espuma silenciosa
y sabe a mar por envolver la tarde con olas
que florecen bajo tu piel desnuda.
Y sabe a viento en la Lanzada roja,
a madreselva en un septiembre pleno,
a campanas de gloria templando el horizonte,
a relojes cantando en la enramada.
Hay un sendero azul bajo tu vientre
donde camina hacia siempre el aire,
donde los nidos recogen nuestros ecos
mientras nos vamos yendo a golpe de los años.
Y eres así, con un sendero en medio,
una senda que llega al infinito:
Sentir los cascabeles del espacio
y derramar los ojos a la respuesta eterna.

PERO ¿dónde estás hoy mientras te busco?
En el jardín no estás, tampoco
donde los dos solíamos besarnos antes:
guardaba el olmo la forma de tu espalda
dibujada con besos.
Rodé callejas que rondamos juntos
y toda la ciudad sembré de dalias.

EN la luna de octubre
 el tiempo es dilatado, inmensa playa;
 y tú me persigues donde un río regresa
 hacia el recodo aquel de nuestras vidas.
 Ensoñaciones blancas con palmeras
 de sonora aspereza y tú...
 La arena al ras de un cuerpo ahuecado en la duna.
 Y tú...
 Esa ausencia que la lluvia no empapa.

¿QUIÉN escribió en el alba esa palabra?
 ¿Fueron meigas o sombras?
 ¿Acaso fue mi mano?
 O el claro de luna que rondaba el amor,
 los blandos caminos de la entrega,
 la hierba fresca.
 Era cuando en el bosque vagaba
 la noche de San Juan.
 Entonces eras viento,
 páramos mis muslos.
 No sé qué aroma,
 tomillo, quizá almizcle o sándalo
 o champak llegaba hasta nosotros.
 Como un delfín la lengua en mar abierto.
 Tu saliva queriéndome los dientes
 y al final el jadeo en las entrañas.
 Y tú le preguntabas a la noche
 quién escribió en el alba
 esa palabra la noche de San Juan.

¡QUÉ lentitud de sol entre tu pelo!
 La tarde en clavelinas se esfumaba
 formando un ramo dócil en tu mano.
 ¡Qué dulce la palabra
 en la oquedad del valle solitario!

¿QUÉ más da
 si la aguja en la alameda blanca
 escribe en nuestra piel
 una historia pasada?
 ¿Qué más da si el invierno nos encuentra desnudos,
 sin manta pero con un beso?
 ¿Qué más da si al andar
 un tacón te traiciona
 pero tienes mi brazo
 o si esperas la luna
 y esa noche llueve, pero vemos llover?
 ¡Qué más da, como decía ella,
 alondra o ruiseñor, si ya es el alba
 y canta un gallo de Japón en la mesilla nuestra!

EN plomizas mañanas
y en remansos de estío.
El viento y las aulagas
corriendo los caminos.
Soñar una barquita
hacia el océano, bogar
sin mirar las orillas
de aquel río.
Tu imagen ya nublada
entre los remos.
Hacia el silencio hondo
nos vamos recelando.
Pero entonces...
¡Cómo peinaba el viento
tus cabellos y el sol
cómo los doraba
junto a un río arbolado
a la orilla del júbilo!

ENCUENTROS SILENCIOSOS

Y ciñe la tarde
con ladrones de ojos.
Rodea su lugar
con los jadeos ávidos.
Panorama de bronce. Irrefrenable
levanta la marea
y al acoso de prendas
desliza sus espías.
Sabueso innoble,
rabioso entre laurel,
asegura la cala, el escondite.
Una imagen de sol en el granito.
Entre el mar y la roca, hacia el laurel y el beso
de ilusión, se le fuga
la vida prendida a la mirada.

Segundo

MÁS sol cayó sobre otro cuerpo oscuro, más lengua prodigiosa, vanguardia y torre. Sobre aquel foso oscuro el puente se tendía, diente con diente amando, puñal contra puñal hiriendo. El rosa con el rosa se encontraba: saetas por las dunas, caballos desbocados, ejército y ejército cobrando sus victorias. Sólo el cuerpo del viento con el cuerpo. Hacia el mar las arenas se tendían. Sólo el labio del viento sobre el labio. Corrían las aulagas las laderas al horadar el viento entre las dunas.

Tercero

ES en la primavera. El río baja turbio con un olor de manos invisibles. De un rubor intenso el sinuoso atardecer, cuando en el aire se perfilan los álamos. Es una vieja historia que viene a derretirse en el otoño, pero esta tarde, llena de miradas furtivas, persigue una emoción adusta porque al borde fue de la caricia una mano anclada en el deseo.

ENTRE los chopos preso,
de un regreso inseguro
queda el río
como crines de llanto
que reconstruyen cuerpos.
No en la alameda blanca
al silbido,
en el sol se encontraron y en la arena.

A la ronda los ojos
se complacen. Se encuentran
en la intriga. No pregonan
el acuerdo callado:
oscuras complacencias anteponen.

ACABADA la lluvia,
cuando más amarilla era la luz
sobre los fondos grises, en la esquina
detenía su forma otra esperanza.
Ligero se apresuró a los ojos.
Si vieron o no quisieron ver
tras el silencio...
¡Por un encuentro sordo media vida!
Giró en la bocacalle a la redonda.
Mordida la manzana, como el agua
se había evaporado.
Fue entonces la luz más amarilla.

FUE en un martes de agosto
socorrido de nubes en piruetas.
Los árboles agitan farolillos
rojos al trasluz.
Al rompeolas van los corazones:
organdíes, flautas, lentejuelas,
abundante de miel en *suparquía*, té
y vaporosos lagos de espuma levantisca,
con alas, con álamos y lenguas de recuerdo,
con cenefas de sombra cabalgando
los muros y azulejos,
se desplomó sombrío
en un cafeto agreste.
La pascua solitaria
al fin del Ramadán
prepara velos y tambores. Se rodea
de afeites y sorbetes. No la conocía.
Y grazna a los vientos
la desazón sin manto en el cielo cobrizo.
¡Una hijuela de amor
se te quebró en las manos
esa tarde!

SE guarda entre sabinas,
el cañaveral lo esconde:
secreto en una hoguera perfumada.
Dejaron el placer
sobre la tierra;
los ojos van a verlo,
los ojos lo persiguen.
Huyeron cada uno por su lado.
No se dijeron hola,
no se dijeron gracias.
Junto al río y al mar se reproducen
secretos en hogueras perfumadas.

MAISSÍ

*Os conjuro, hijas de Jerusalén,
que si encontráis a mi amado,
le digáis que desfallezco de amor.*

CANTAR DE LOS CANTARES.

CÓMO diría que cien gacelas jóvenes se asoman a sus ojos.
O que el mar no es azul cuando bate sus párpados.
Cómo diría que una playa de luz se extiende por su cuerpo, si en los riscos oscuros de su piel anidan los deseos.
Cómo hablaría del licor perfumado de su boca, si su lengua tan dulce enredadera.

SOBRE aulagas hirientes,
 sobre colmillo agudo de cocodrilo ciego,
 sobre ascuas coloradas,
 sobre agujas de hielo de confines antárticos
 yo, bajo su cuerpo sea,
 bajo su voz como la dalia oscura,
 bajo la tibia luz de sus ojos australes,
 bajo el Sahara ardiente de sus labios.
 Lo suave de su vientre
 contra todo el dolor desvanecido
 y el mundo se derrame por la arena.

¿QUIÉN le dará el calor que quiero darle?
 ¿Y los núbiles besos que alcanzar no puedo
 quién me roba en la noche?
 Una horca de penas para el ladrón callado,
 una sierra de hielo,
 un mar de jaramagos.
 Y en sus manos la muerte,
 una muerte muy negra,
 negra como mi vida.

LIMPIO el sendero todo de piedras y de cardos,
de tojos de calambre que no acosen su pie.
Dejo que arda la lumbre y me quemo
en las brasas, creyendo oír su paso.
Y perfumo las sábanas con fragancia de besos
y voy a los cristales que la noche golpea.
Y busco en el camino una huella reciente.
Y meuento una historia de fantasmas y lobos.

LOS dioses le otorgaron
bellos ojos de tigre para su piel de Líbano,
ojos de loto triste para mi sangre sola.
¿Quién no se anularía en esos ojos?
Luna de oriente mórbida aireando un deseo.
Luna marina húmeda de salinos sollozos.
Si una lluvia de lunas me adamara los párpados.

LÁGRIMAS de incienso por ese vello suyo,
 Se derrite en su espalda el sol emocionado.
 Por su cadera estrecha un esturión desova.
 Bebería la muerte del cristal de su ingle.
 Pero el alba sonora
 no acogerá su aliento entre mis lienzos
 ni sus ojos dormidos soñarán con mis labios.
 ¿Qué colcha cubrirá su pie desnudo,
 qué almohada las perlas de su frente
 recibirá callada?

TÍMIDAMENTE mira cuando paso a su lado.
 Si supiera que entonces el alba me clarea,
 si supiera que el cielo es esa estrecha franja
 que separa sus muslos,
 si supiera que vendería la eternidad
 a costa de, apenas, un segundo
 del silencio redondo de sus ojos,
 del calor fugaz de su sonrisa.
 Me abrasaré en miradas que miran tan lejanas
 y en las noches tendré nostalgias de mis sueños.

ESTA tarde de enero
el viejo azar ondea en los visillos.
Marco olvido un instante con su dedo de lujo
y se abanica el viento ahogándose a sí mismo.
Este enero marchito y jadeante y sordo.

REMANDO en el recuerdo
entrego mi sudor a la luz roja y única.
Como olas
me lanza el viento amigo a extrañas latitudes
Con burbujas de remo liberado
gira la barca y voy
remando en el recuerdo.

SE me figure un punto donde pueda encontrarse como aquella otra noche en que estaba tan solo. Errante como un barco por los puertos del mundo, borracho de dolores espejando unos labios y emputecido todo de tanto amor yagado.

—Irisado el cabello de aire evanescente se me rendía al beso como la espuma al agua; lamía el mar la arena con olas de deseo y del placer bebían las estrellas paganas. Mas se filtrara un aire sangrante por el muro y un lúcido candil testificara la soledad inmensa del mundo ante mis ojos.

¡BEBA conmigo ausente de su copa! ¡Qué su silla vacía me emborrone la ausencia, borracha! ¿Dónde la luna acalla sus engaños? ¡Beba conmigo ausente de su copa tanta felicidad... sobreimposible!



CUANDO CIERRA EL VIAJE

LA brisa larga, suave
que la marisma besa
me lame barlovento.
La nave marcha en paz
y canta el marinero.

Y bajamos al mar de las gaviotas.
Tú rozabas la piel de las sirenas.
Yo cantaba canciones
de amores imposibles.
Era dulce nadar en las espumas
a playas con el Sur hospitalarias.

FUE aquel atardecer
con pájaros dormidos en el viento.
Entre sonrisas tuyas
el viento llevaba manzanilla.
Del otro lado ellos sobre menta.
Persiguiendo los pasos, cariñosa
la Tula en el camino
reconocía cuerpos en el aire.

MELIDE se hizo tierna.
 Del fondo de eucaliptos
 nos llegaban canciones
 y resplandor de hogueras.
 La voz ronca del mar
 bebía los suspiros,
 cuando linternas bobas
 lindaron con los besos.

SE algodonó la ola
 en otro cuerpo
 dorado como hermoso.
 En el mío la sangre se escapaba
 contra la roca viva.
 Yo quería sentir como la arena
 las manos espumosas del amante,
 pero pintó de rojo mi costado.

ÁRBOLES de mar consumiendo
el espacio, hirviendo
en el aire cálido: azorado el viento
sobre mi corazón sobrecogido;
corroborando historia, acelerando
imágenes hacia el centro del mar,
y en la tierra, sólo viento que evade
como a la aulaga seca,
lo que nunca se pierde.

POR nidos de gavinas
fue el amor.
A la redonda mar
y prodigiosas alas
navegando en el viento. Abajo
rompían las espumas
sus enaguas azules
de apuntillados bordes,
con sonrisa de algas,
halagando labios de sirenas.

FUGÁNDOSE dorada la silueta
 en lasitud perenne, recostada,
 divina como el mar,
 junto a la gruta de musgos acolchados,
 contenida en nacarados, tibios resplandores,
 fugándose... Y el sol
 enamorado la sumerge
 en el sueño pesado del océano.

COMO buque fantasma
 rastreado en la niebla
 —un tanteo de mástiles y jarcias—
 buscábanse los ojos.
 Huidizos los suyos con la brisa.
 Por la ensenada lenta
 regresaba la bruma
 y un faro iluminaba sobre el mar
 las llagas de la noche.

DESOVILLADO el viento
en remolinos sobre
rocas eternas rema
en la niebla. Estorba
la prisa de los ojos
amantes. Cruza
el brazo de la isla.
Nubla y arranca
hebras de gaviotas
gigantes al Norte.
Está en el fin del mundo
y el sosiego.
Las amarras del mar
escapan por la espuma
a su zarpazo
y el corazón se incrusta
en escarpadas olas.
En el lecho del monte
se destruyen las flores
que un niño recogió
hará mil años en agosto.

ANIDADOS al Norte
con turbantes azules
para el viento,
vimos pasar el mar
por infinito.
Decayó hacia el silencio
como niebla.
Y se agostó deprisa
como rosa.
Eran los rostros suaves
de ojos indecibles
a la ensoñada brisa del océano
que fraguaba ardencias con la luna.

UN bálsamo a las manos
 la espalda morena
 debatiendo en giros
 un momento antes
 por las errantes márgenes azules,
 entre fucus marinos
 pardos como la noche.
 Complacencia escondida
 de pieles encontradas
 para otro ardor salino
 —¿bálsamo o caricia?—
 en la red del recuerdo cobijada.

DESMELENADA y rota la sonrisa
 descubro en la mirada un amor pálido
 persiguiendo reflejos apretados
 bajo pinos que cruzan sus abrazos
 cara a la mar y al llanto,
 al mar y al llanto caros que lamen
 lejanas horas, lloveznan pasadas tardes
 y desgastan lascas de emoción
 entre el polvo que agitan despedidas.

Vorágines de anhelo
el penúltimo día,
cuando cierra el viaje.
Por momentos los vasos
sobornaron certezas.
Luego un silencio grande
y ya nada he vivido.

FUERON después las horas
más tímidas que nunca
y la nada bañaba
los confines del miedo
entre los dos amores.
Del *fiuncho* nacía un sopor dulce y largo
y en el aire habitaba la humedad sin los besos.

REGRESO A ONS

REGRESARÁS a Ons en el soplo ligero
de un labio que horada inmensidades,
partidos los recintos
espesos del recuerdo,
donde anuncian regatas
de un amor marino
las caracolas dóciles del día.
En la alfombra del Norte
lanzarás tu *simbad*, como un niño,
rumbo al margen, sea azul,
sea rojo, sea dorado
en las crines de niebla
de Ons maravillosa.

En su barcaza verde otro Caronte
te enfilará a la isla
en un rito dulcísimo
de iniciación solemne:
Prometo amarte, Ons,
como una sobredosis
que marcará mi vida para siempre.
Y desplegaste el trapo como nunca,
desliabas el cabo del noray
cabizbajo, de proa recogías

una nortada limpia de gaviotas
y un *neboiero* azul como una orquídea
hacia lejana pulsación remota.

Y ya por fin la ves,
la escuchas, encaramas
tu huella en el muelle granítico,
sin duda la pisas, estás tú sólo
en ella, con ella siempre. Ons.

Bienaventurado tú, viajero,
que alcanzaste la isla
sin óbolo y sin miel
en la barca de Pancho y el *Maraca*.
Atrás queda Leteo.
Regresarás a Ons,
raptarás el olvido y la marola
refrescará tu frente.
Presiento tu alegría
al entender susurros de olas o de amor
que arde entre eucaliptos
como pañuelos que *fungan* hacia el Sur
agitados por manos invisibles.
La paz está contigo.

INDICE

Sonetos errantes	7
A la orilla del júbilo	19
Encuentros silenciosos	31
Maissi	41
Cuando cierra el viaje	55
Regreso a Ons	73